

EL PEINADO MASCULINO

DE vez en cuando nos sorprende un algo imprevisto e insospechado en el aspecto de un amigo. Le estamos observando un rato sin acertar a comprender qué es lo que ha ocurrido en aquella faz para que nos parezca modificada. Pasamos revista a su tez, a la expresión de sus ojos, a su manera de peinarse. De pronto descubrimos la razón de su metamorfosis apenas perceptible. Nuestro amigo se ha hecho cortar el pelo a navaja.

El nuevo procedimiento de arreglo capilar modifica sutilmente la apariencia de las personas. En los jóvenes la cuestión no presenta problema alguno. Pero en los hombres que han doblado los cuarenta la decisión y sus resultados son mucho más aventurados.

Las variaciones de la moda masculina, en el vestir como en el peinado, están sujetas a fluctuaciones de matiz poco importantes. En la indumentaria, los trajes pueden envejecer con el uso sin que, afortunadamente, su estructura y diseño acuse el paso del tiempo. En cuanto a la manera de peinarse, a través de los años de nuestro recuerdo la cosa ha sido matizada por diversos grados de preferencia, pero con variaciones de poca monta. Hubo un tiempo en que prevaleció la raya. Durante unos años —postrimerias del cine mudo y comienzos del sonoro— esta raya la llevaban los galanes «en medio»; la pelambrea quedaba partida en dos zonas simétricas sobre el cráneo. El pelo elegante del hombre era un pelo rizado y ondulado. Más tarde volvió a «llevarse» la raya a un lado y, finalmente, el pelo para atrás. Todo ello con gominas y con la brillantina de los tangos, que caracteriza a una época. Y todo ello no podía excluir, claro está, la perennidad de las calvas, osadas manifestaciones públicas de las mentes filosóficas y prudentes.

Las calvas, sobre todo las prematuras, lejos de ser consideradas por algunos de sus poseedores como signo de madurez intelectual y de solidez inteligente, han sido llevadas con disimulo y de refilón, como un estigma. En general, ahora y en años anteriores, el que exhibe una calva lo hace con mucha prudencia y como si se excusara. Hemos visto a hombres distinguidos avanzar hasta el guardarropia a velocidades increíbles, trabucando mesas y rozando a las gentes para rescatar su sombrero y cubrir cuanto antes la zona des poblada de su cráneo. En las postrimerias del siglo y hasta la primera guerra los calvos usaban del bisoñé, que mezclado y confundido con las demás capilaridades de su rostro «daba el pego» de manera suficiente. La técnica del afeitado dejó unos años a esos simuladores completamente al descubierto, a un descubierto piloso pero evidente. El montoncito de pelo artificial descollaba por su inverosimilitud en la mollera artificiosa, flagrante en sus tintes químicos. Los calvos no tuvieron más remedio que ser calvos y que resignarse a esta realidad. No todos lo hicieron. Asistimos a ardides de ejemplar tenacidad y astucia. Determinados calvos aprovecharon el último cabello, o los últimos de ellos, útiles en sus pulsos, para trazar geométricos desplazamientos que cubrieran la superficie entera des poblada. Se imaginaba alguien la facha de esos hombres en la intimidad, cuando sueltos los pocos y largos pelos y sin la presión de los fijadores, quedaban todos desvanecidos a un lado como un fleco ridículo, evidencia flácida de la vanidad humana. Ahora ya tampoco existen esos artistas de la simulación. El calvo es calvo y a otra cosa.

Pero la actitud de ese abnegado varón, el calvo llamado con benevolencia prematuro, se hace más heroica por el hecho de que la moda ha desterrado el aditamento llamado sombrero, que hasta hace unos años llevábamos todos todavía y que era una protección de la calvicie por lo menos en su evidencia urbana y callejera. Todas las campañas que se han hecho para perpetuar la costumbre de cubrirse la cabeza han sido vanas. Los hombres van con la cabeza descubierta cada vez más y si hay alguno que todavía use sombrero acostumbra a ser calvo. Igualmente han

sido vanas casi todas las ideas y potingues que se han lanzado al mercado con la pretensión de evitar la caída del cabello y de subsanar la calvicie. Cuando le pregunté al peluquero qué había para evitar la pérdida del pelo me contestó muy avispado que una cajita, no más.

El invento o la proliferación del pelo «a navaja» es la asimilación definitiva del sinsombrerismo. Al esculpir, como Fidias, una masa de pelo en la cabeza del cliente, el peluquero está dando una lanzada tremebunda al fabricante de sombreros. El bombin, el «cannotier» que hizo suyo Chevalier en sus actuaciones, el borsalino alegre o el sombrero ribeteado «a lo Mr. Eden» han quedado arrumbados ante la petulancia natural y un poco artificiosa de la escultura capilar, hoy tan en boga. Aún vemos en los albores de la primavera a ciertos nostálgicos, que podemos enumerar, usando el «cannotier». Son una excentricidad y su apostura es heroica para la supervivencia de las viejas formas. Tampoco hay nadie hoy día que use botines, ni aun para conservar esos viejos moldes.

Pero la elaboración y la construcción de esos peinados del corte «a la navaja» son algo espectacular, mortificante y arduo, a juzgar por lo que hemos visto desde la barrera, es decir, desde el sillón de al lado. La aclimatación del cliente a su medio requiere paciencia y sumisión casi femenina, las que tienen las mujeres para el mismo trance. El hombre tenía un concepto funcional de la peluquería; vamos allí, nos sentamos, nos arreglan y otra vez a la calle; damos nuestra aprobación con sólo un enfoque rápido, por el reflejo en la nuca de un contra-espejo que es como una cortesía del artesano. El pelo «a la navaja» hay que cuidarlo y elaborarlo con parsimonia, sin prisas, verificando la tenue ondulación de un arbitrario croquis que el peluquero ha trazado de antemano sobre las posibilidades de suave declive o de abrupto «stupé» que ofrezca la fisonomía de cada cliente determinado. El peluquero echa a la calle a su obra a representar su papel, y elige a su albur y bajo su responsabilidad si lo que ha hecho es un Otelo o un Casio, un Segismundo o un don Juan. Con el pelo a navaja, el hombre deja de ser un poco él mismo para pasar a ser un invento del ilustre productor que, en parte, acaba de inventárselo.

El acontecimiento es, como decíamos, agradable y sano para los jóvenes. Pero lo que encontramos raro en los hombres maduros es, precisamente, eso: que son hechura tardía y ya desbordada por los años, de su escultor, que los convierte en falsos galanes desplazados de su ambiente y de la sobriedad que debiera caracterizarles. Ante ellos se nos ocurre decirles: «¡Qué joven estás!», pero no como un halago sino como un reproche. Porque, verdaderamente, en la vida no hay ninguna obligación de estar siempre «tan joven».



evocación de un poeta

Se ha cumplido el sexto aniversario de la muerte de un poeta, de un poeta menor pero sensibilísimo, gran enamorado y artífice del lenguaje: Adriano del Valle. Nadie, excepto José Cruset —otro poeta había de ser— ha recordado la figura de aquel andaluz del 98, autor de romances y letrillas, poeta de circunstancias en la alta estimación que de este término hacía Goethe cuando decía que todos sus versos eran «de circunstancias». José Cruset nos evoca en un artículo, de manera magistral, la figura desaparecida. Nos conmueve el recuerdo y la evocación por lo que tiene precisamente de excepcional, de solitaria. Los nobles gestos debieran ser subrayados, y eso hacemos nosotros ahora.

Adriano del Valle! Su figura desaparecida nos evoca ahora el clima poético e intelectual de hace veinte años, cuando le conocimos. Era un trasplante en Madrid de la Andalucía ligera y grácil, dicharachera y juvenil. No era entonces joven —quizá no lo fue nunca del todo— pero irradiaba el sol de Sevilla y una brisa mediterránea y meridional. Se mezcló en muchas cosas, pero «quedó» siempre poeta. Le recordamos en un homenaje que se le dio en Madrid, en un restaurante de la plaza Mayor. Eugenio d'Ors improvisó en honor suyo una cuarteta que podría ser también, ahora, a los seis años de su muerte, su epitafio. Decía:

Por Adriano, emperador;
por del Valle, campesino.
Tienes la gloria y el honor
en mitad de tu camino...

He aquí nuestra pequeña, tardía, aportación a su recuerdo para sumarla a su corona de laurel.